

Hace 10 Años

Don Daniel

POR LORENZO MEYER

EL lunes pasado se cumplieron diez años de la muerte de don Daniel Cosío Villegas. Quiero dedicar este espacio, que también fue de él, a su memoria. En su esencia, todo homenaje implica la voluntad de hacer un alto en el camino cotidiano, suspender por un momento la rutina y dirigir la memoria hacia hechos o personas del pasado que por su importancia o ejemplo siguen siendo vitales para nosotros. El homenaje es también, a la vez, un acto de fidelidad: un esfuerzo por impedir que el tiempo le gane la partida a la memoria.

Es natural que el significado de don Daniel Cosío Villegas —su obra, ideas y actitudes— varíe conforme se transforman las circunstancias de quienes lo recordamos. Cualquier visión del pasado está coloreada —casi me atrevo a decir, determinada— por el presente, por nuestras circunstancias sociales y personales y por la visión que tengamos del futuro. Toda memoria es selectiva.

★

NUESTRO presente tiene muy poco de halagador y el futuro se ve particularmente inseguro. La textura de los tiempos que vive México es áspera y dura, y la opacidad del ambiente dificulta la tarea de identificar el camino adecuado hacia un futuro mejor. No pretendo que mi pesimismo por el presente e incertidumbre frente al porvenir sea compartida por todos, aunque estoy cierto que no soy el único en quien dominan estos sentimientos. En cualquier caso, mi evocación de Cosío Villegas la hago dentro de este ánimo de inconformidad que estoy seguro que él hubiera entendido.

Hace 40 años, cuando el México de la Revolución acababa de convertirse en el México de la posrevo-

lución, don Daniel escribió uno de sus mejores ensayos: "La crisis de México". Creo que estamos llegando a la culminación de la crisis, que él advirtió muy temprano, cuando muchos ni se habían percatado de su existencia.

Don Daniel no se refería en noviembre de 1946 a la crisis obvia del momento: la económica. Después de todo, ese era un problema de coyuntura y como tal lo entendió. De lo que hablaba era algo mucho menos evidente pero infinitamente más importante: la crisis política del nuevo régimen.

Fueron relativamente pocos quienes al llegar a medio camino del siglo XX mexicano, decidieron dejar

testimonio público de su inconformidad con un hecho fundamental: la falta de voluntad del grupo dirigente para mantener la vitalidad de las llamadas "metas de la Revolución".

★

EN 1946 don Daniel estaba seguro que quienes dirigían a México habían extraviado el rumbo y que tarde o temprano todos lo habríamos de pagar. Para Cosío Villegas, el fondo de la tragedia mexicana que apenas se iniciaba consistía en que, en el ejercicio del poder, los fines inmediatos habían impuesto su lógica por sobre las metas últimas. El nuevo régimen estaba siendo moldeado por meros políticos cuando lo que se requería con urgencia eran estadistas.

"...Todos los hombres de la Revolución Mexicana —afirmó entonces Cosío Villegas— sin exceptuar ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella". De tamaña condena, don Daniel no salvó ni a los radicales ni a los conservadores.

PARA Cosío Villegas, la Revolución no podía justificarse sólo

por su empeño en acabar con el antiguo régimen sino, sobre todo, por su capacidad para crear algo indiscutiblemente mejor. Viendo lo hecho hasta entonces, don Daniel no creía que ese fuera el caso. Y dio sus razones: la hacienda estaba destruida pero el ejido no resultó mejor. Los obreros tenían un espacio que antes se les había negado, pero su dependencia del Estado era notoria. La administración de los recursos públicos no sólo era mediocre sino deshonesta y arbitraria. La obra educativa era más aparente que real. Finalmente, por lo que a la libertad política se refería, era verdad que la Revolución había logrado evitar la dictadura pero no había alcanzado la democracia; en particular le preocupaba a Cosío Villegas la ausencia de contrapesos a la voluntad presidencial, la falta de un Poder Legislativo auténtico, de una vía para que el mexicano pudiera, por fin y después de siglos, participar activa y responsablemente en la construcción de su propio destino.

Hace cuarenta años, don Daniel temía que, de mantenerse las tendencias negativas que él había identificado, México pudiera no sobreponerse a la crisis po-

lítica y moral en la que estaba cayendo. El no veía ni en la derecha ni en la izquierda una alternativa. A la izquierda la acusó de haberse agotado y corrompido cuando tuvo acceso limitado pero directo al poder. En la derecha no vio ni programas ni capacidad. De ahí que pusiera su fe — y subrayo el término fe, puesto que no había elementos objetivos para la esperanza — en una autorregeneración de la propia Revolución, es decir, del sistema.

En los cuarenta años que siguieron a este diagnóstico de Cosío Villegas sobre el mal fundamental de México, nuestro país cambió mucho, pero no solucionó de raíz ninguno de los problemas planteados entonces por don Daniel. El sistema no tuvo la capacidad, ni la voluntad, de regenerarse.

Hoy, la crisis de México es evidente para todos. Los intereses creados, la irresponsabilidad, las inercias, la falta de imaginación y la ausencia de contrapesos al poder, nos han llevado a un punto en donde los amarres sociales están cruzando.

No creo que ahora la solución sea el "rayo de esperanza" del que hablaba don Daniel en 1946. Hay ya que dejar de esperar que desde las alturas del poder surja la solución y en cambio insistir en que se des-

pliegue todo el abanico de posibilidades, toda la creatividad que permanece contenida. Y para ello no hay como una fórmula antigua aunque casi nueva entre nosotros: el juego democrático real.

Según don Daniel, el único momento en que los mexicanos hemos estado

cerca de la libertad política, de la democracia, fue también el momento en que aparecieron líderes a la altura de los retos; me refiero, claro está, a la República Restaurada.

Pues bien, y para concluir, creo que ahora más que nunca vale la pena intentar la fórmula del plu-

ralismo político, del poder ejercido con responsabilidad. La alternativa a ingresar a la modernidad política es el endurecimiento del autoritarismo. Y esa fórmula, como bien lo comprobó Cosío Villegas al desentrañar al porfiriano, no es solución.

[Faint, illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.]